

CAURA

PROTOHISTORICA

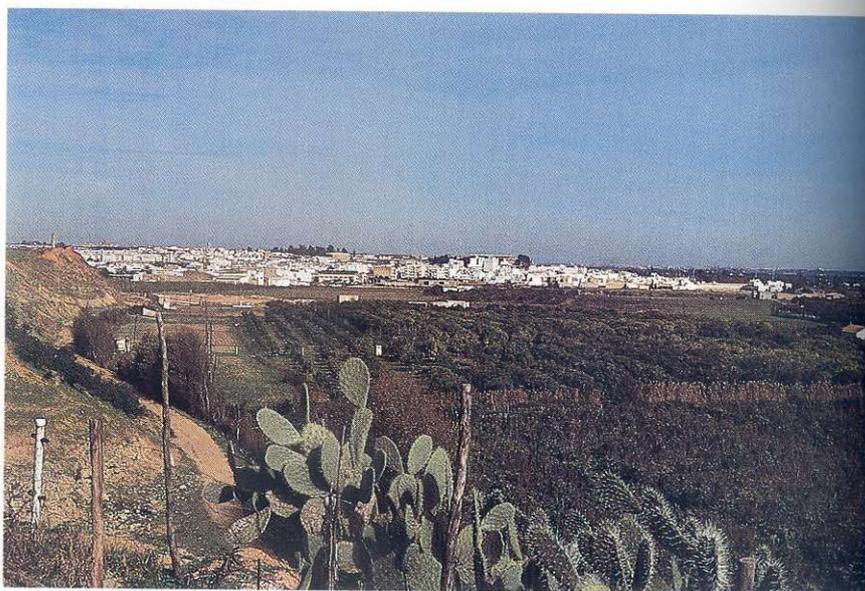
La antigua desembocadura del Guadalquivir, situada en tiempos tartésicos y prerromanos en las proximidades de las poblaciones actuales de Coria y La Puebla del Río, en la provincia de Sevilla, representó durante mucho tiempo la puerta de acceso de los influjos y culturas extrapeninsulares a los territorios de la Baja Andalucía.

Texto: José Luis Escacena, María Belén y Rocío Izquierdo.

Al menos desde la época de Rodrigo Caro, sabemos que esa entrada estuvo flanqueada por dos núcleos urbanos todavía poco conocidos arqueológicamente: *Orip-po*, en la Torre de los Herberos (Dos Hermanas), y *Caura*, en el Cerro de San Juan. El primero de dichos puntos conoció su última ocupación humana permanente en época medieval. El segundo ha pervivido como enclave urbano y como puerto fluvial hasta hoy, constituyendo el germen de la localidad moderna de Coria del Río.

Algunas hipótesis de trabajo barajadas por los arqueólogos sostienen que *Orip-po* desde la orilla izquierda, y desde la derecha *Caura*, controlaron los movimientos navales por el Guadalquivir durante gran parte de la vida prehistórica y protohistórica de ambas ciudades. *Orip-po* constituía además un paso obligado en la *Via Augusta*, ruta que, conocida aún hoy en este tramo como «antiguo arrecife de Cádiz», unía en época romana *Hispalis* con *Gades*, y como tal punto clave se cita en el *Itinerario de Antonino* y en los Vasos de Vicarello entre otras fuentes.

En 1993, la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía aprobó una iniciativa de algunos miembros del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla para el estudio de la ocupación humana de estos territorios durante el Holoceno. Con el nombre de *Proyecto ESTUARIO*, estas investigaciones han comenzado a dar sus primeros frutos, pero se trata de datos todavía en proceso de análisis no disponibles para adelantar en estas páginas. Aun así, es tal la documentación arqueológica conocida procedente del casco urbano de Coria del Río, que podemos avanzar una sugerente muestra del interesante futuro arqueológico que el yacimiento promete. Tales vestigios sugieren

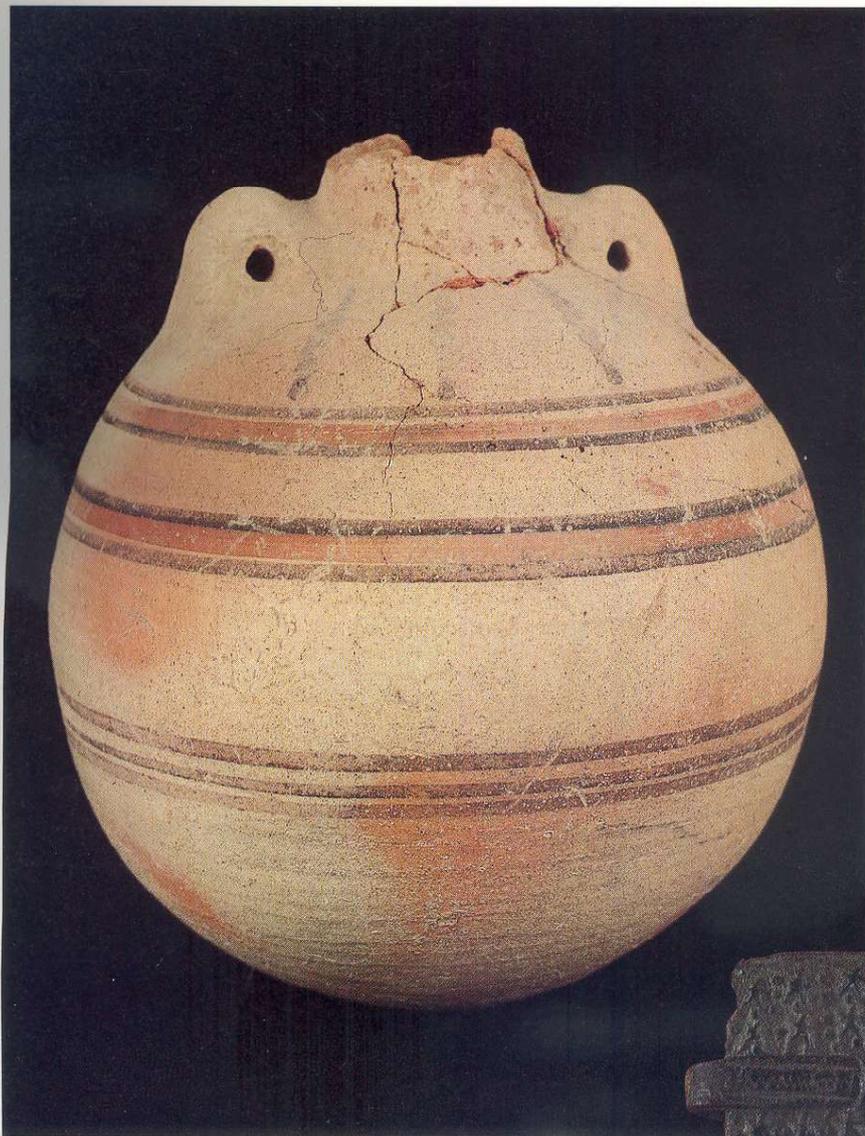


Arriba: Panorámica del Cerro de San Juan, en el centro urbano de Coria del Río. **Abajo:** Reconstrucción de la línea de costa antigua en la desembocadura del Guadalquivir.



una probable supremacía estratégica de *Caura* sobre su vecina *Orip-po* al menos en tiempos protohistóricos, si bien sus propios topónimos y los restos hasta ahora localizados en ambos enclaves denotan una vida paralela siempre vinculada estrechamente a la del propio Betis.

El trabajo que ahora hacemos público pretende ofrecer un panorama general del yacimiento del Cerro de San Juan a través de una documentación arqueológica que comenzó a recopilarse al menos desde fines del siglo XIX, y que hoy está depositada en su mayor parte en el Museo Arqueológico Provincial de Sevilla. Dicho cabezo fue el primer lugar elegido por las poblaciones prehistóricas para la ubicación de lo que llegaría a convertirse en la *Caura* protohistórica y romana. Casi todos estos testimonios han sido estudiados y dados a conocer por prehistoriadores y arqueólogos en revistas especializadas, pero el sitio y su valor histórico permanecen aún poco conocidos por un público más general.



Vaso fenicio. Foto: Mario Fuentes.

mas de barras, que datan de distintas épocas: el de La Algaida, en la zona de Sánlúcar de Barrameda, anterior al 1200 a.C., y el de El Puntal-Casa del Trigo-Marismillas-Punta de Malandar, de época romana. Estas barras permiten la formación del *Lacus Ligustinus* que citan las fuentes clásicas y que, tras un proceso de colmatación, ha evolucionado hasta conformar las actuales marismas del Guadalquivir.

Durante la Protohistoria, las orillas del golfo conocieron ya una importante presencia humana en sitios como *Orippe*, *Ugia*, *Nabrissay Conobarial Este*, y *Cauray Olontal Norte*. El entorno medioambiental de estas poblaciones ha constituido históricamente un sistema de humedales en desembocadura de ríos (Guadalquivir y Guadiamar fundamentalmente), donde han coincidido las alteraciones fluviales y costeras del Cuaternario, configurando un paisaje cambiante a lo largo del tiempo.

Esta reconstrucción paleogeográfica está corroborada por los textos clásicos. De entre los diversos autores que nos han dejado noticias sobre la Baja Andalucía tomaremos a Estrabón por la fiabilidad de las fuentes a las que recurrió para la compo-



Broche de cinturón tartésico. Foto: Mario Fuentes.

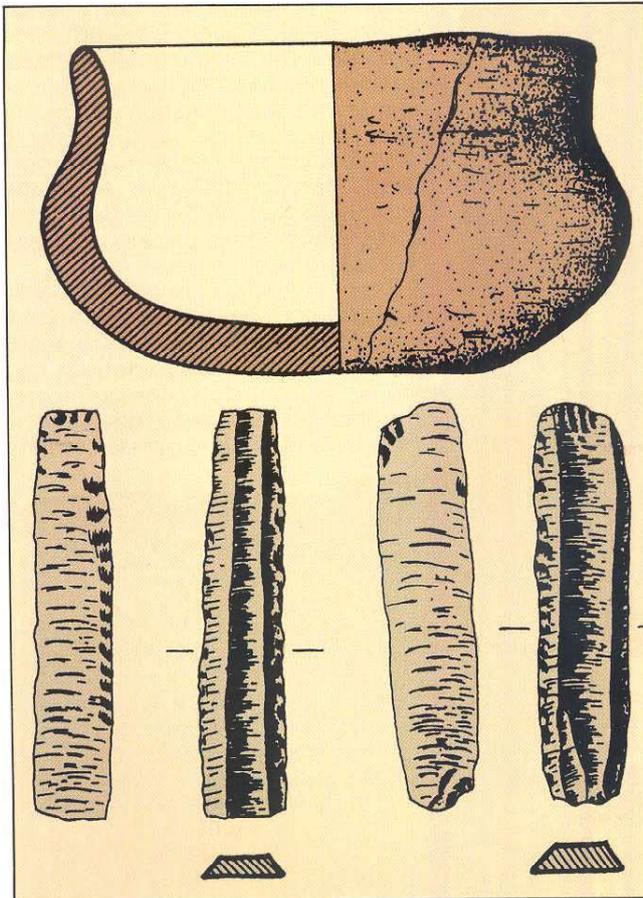
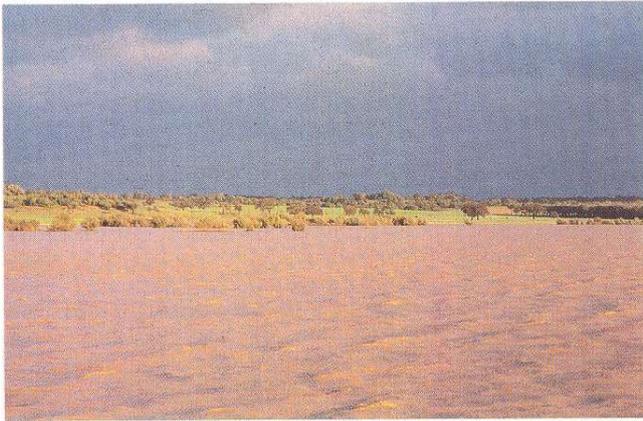
RECONSTRUCCION PALEOGEOGRAFICA

La configuración geomorfológica del Bajo Guadalquivir data del Terciario, cuando el plegamiento alpino, que da lugar a la formación de los Sistemas Béticos, provoca un hundimiento del zócalo de la zona de Sevilla y la aparición de la fosa del Guadalquivir. En el Plioceno Superior y Cuaternario Antiguo, se produce un movimiento de basculación que individualiza el Aljarafe como glacis y rejuvenece la fosa del Guadalquivir, que pasará a ser una falla. El punto central de dicha fisura se sitúa donde hoy la Isla Mayor, en la comarca de Las Marismas. A partir de este momento se produce un largo y continuo proceso de erosión y sedimentación, con aportes aluviales importantes que se concentran junto a la costa atlántica.

En tiempos holocénicos, la Transgresión Flandriense llevó consigo la formación de una amplia bahía en la

desembocadura de nuestro río, de fondos limo-arcillosos, y delimitada al Norte por los altos del Aljarafe y al Este por los paleoacantilados que hoy forman los escarpes de Lebrija y Trebujena. Con el tiempo, el nivel del mar experimentó un descenso de dos metros, ocasionando una nueva morfología de la costa. Así, se produjo un progresivo relleno de la bahía por la constante sedimentación. Esto dio lugar a la formación de numerosas playas e islas barrera de rápida evolución, que taponaron las bahías y desembocaduras de los ríos de todo el litoral andaluz occidental. Comienzan así a perfilarse dos siste-

sición del libro III de su *Geografía*. Habla este autor de la navegabilidad del río hasta *Corduba* (III,II,3), de las mareas y de sus efectos en los esteros, de la población asentada en sus orillas (III,I,9), y de la fertilidad y aprovechamiento del río como vía de salida de los productos de la tierra (III,II,4-6). Así, sabemos de la importancia del río que él llama Betis como vía de comunicación que propició el



asentamiento de numerosos grupos humanos, que para aquellas fechas ya habían cuajado como auténticos núcleos urbanos. Hoy empezamos a conocer estas poblaciones, que se ubican tanto en las terrazas de la margen izquierda (*Orippe* por ejemplo), como en puntos elevados de la cornisa del Aljarafe (en los casos de *Osset* -San Juan de Aznalfarache- y *Caura*), persiguiendo como fin estratégico el control del tráfico fluvial y la explotación del Guadalquivir como fuente de recursos.

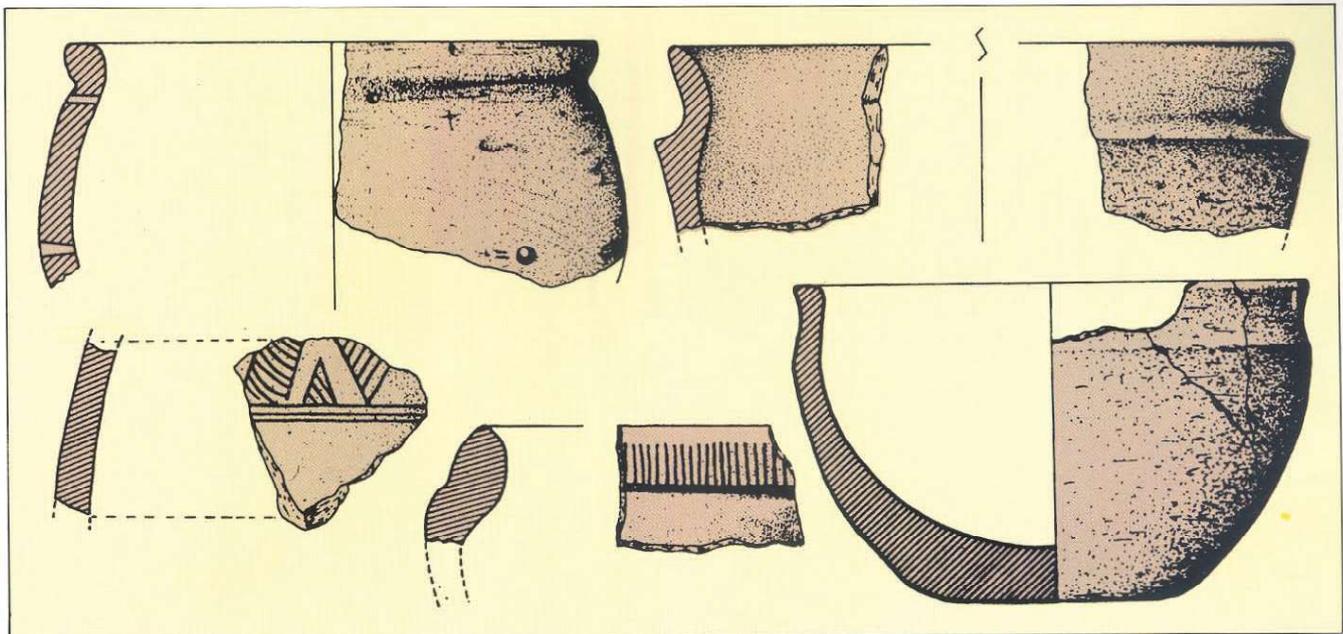
La escasez de investigaciones paleoambientales sobre estas comarcas de la depresión inferior del río impide de momento llevar a cabo una reconstrucción exacta de cómo pudo

A la izquierda, arriba: Las inundaciones de 1995-96 han permitido recuperar durante unos meses el paleopaisaje de la comarca al sur del Aljarafe. **A la derecha:** Foto aérea de Coria del Río: 1) Cerro de San Juan, 2) Cantalobos, 3) Guadalquivir. **A la izquierda, abajo:** Materiales prehistóricos de las primeras etapas de ocupación del Cerro de San Juan (Calcolítico Final-Bronce Antiguo).

estar configurado el antiguo ecosistema animal y vegetal. La abundancia de ciudades protohistóricas en las inmediaciones de la antigua desembocadura del Betis pone de manifiesto la riqueza natural y la prosperidad económica de sus tierras. Las monedas salidas de las cecas locales presentan elementos que aluden a productos agrícolas (trigo, vid), ganaderos (toro), pesqueros (sábalo) y deri-

vados de la explotación del bosque (piña).

Los análisis polínicos de las turberas de Doñana sugieren que en tiempos protohistóricos el bosque sería principalmente de tipo mediterráneo, con especies como la encina (*Quercus ilex*), el alcornoque (*Quercus suber*), el acebuche (*Olea europaea*) y el pino piñonero (*Pinus pinea*), además de arbustos como el lentisco (*Pistacea lentiscus*), la jara (*Cistus ladaniferus*), el romero (*Rosmarinus officinalis*), la abulaga (*Genista anglica*), etc. Sí debe tenerse en cuenta, al menos como probable diferencia respecto a las condiciones climatológicas actuales, que la cercanía del medio acuático haría que los niveles



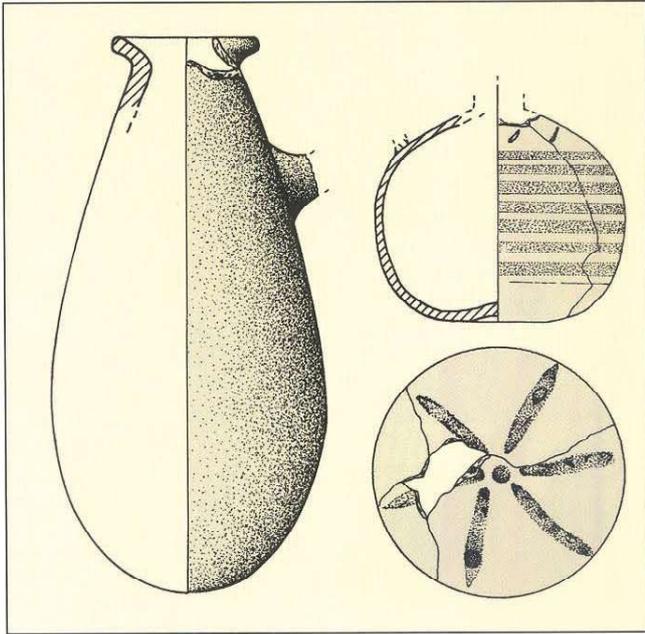
Arriba: Cerámica a mano del Bronce Final procedente del Cerro de San Juan.
Abajo: Detalle de los trabajos de excavación de 1994.



de humedad relativa de la zona fueren más elevados que los actuales, suavizando los contrastes térmicos.

LOS ORIGENES DE LA OCUPACION HUMANA ESTABLE

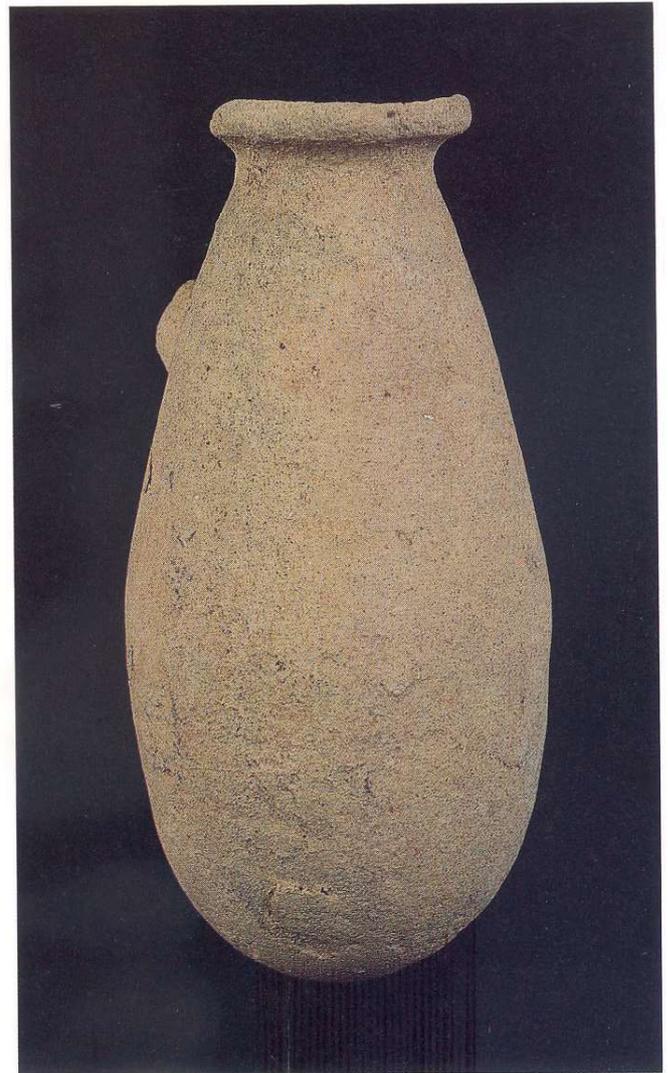
Por lo que hoy sabemos, ya a en el quinto milenio a.C. comenzó a poblarse de campesinos el Bajo Guadalquivir. Estos grupos pudieron originarse a partir de la transformación económica y social de cazadores y recolectores asentados en la región desde tiempos epipaleolíticos como los que eligieron el Cabezo del Castillo de Lebrija; pero más bien parece que se produjo una fuerte aculturación de las poblaciones locales tras la llegada de unos primeros colonos procedentes del Levante o del Sureste español. Fuera como fuese, sabemos ya al menos que las poblaciones neolíticas se asentaron en las cercanías de Sanlúcar de Barrameda y de Trebujena, así como en la propia Lebrija, y fueron las responsables de la introducción en estas tierras del trigo, de la cebada, de la cabra y de la oveja, elementos tan familiares hoy en nuestro medio rural. Parece que esa primera neolitización quedó consolidada en las campiñas de la margen izquierda del río, sin afectar a las tierras situadas más al Norte; porque no sería hasta fechas posteriores cuando el fenómeno se aproximaría al Aljarafe. Esta segunda expansión vino de la mano de una cultura distinta, bien conocida por ejemplo en poblados como el de Papa Uvas, en la provincia de Huelva, y el de Araya, en la de Badajoz. Se trata de un mundo que origina cambios sustanciales en relación a la etapa precedente, que se manifiestan arqueológicamente.



gicamente con toda rotundidad en los artefactos de piedra, en el repertorio de formas y de decoraciones cerámicas, en los sistemas de hábitat, en los comportamientos religiosos, etc. Entre sus características fundamentales debe señalarse la explotación de medios económicos antes poco utilizados, dentro de unas normas de comportamiento de las que participan otras muchas culturas mediterráneas de la época y que han sido conocidas en la literatura científica como «Revolución de los Productos Secundarios». Es posible que ya a fines del cuarto milenio antes de Cristo estas poblaciones comenzaran a ocupar las inmediaciones de Coria y La Puebla del Río. De hecho, conocemos un testimonio claro de su presencia en el yacimiento de La Marismilla, unos diez kilómetros al Sur. En dicho lugar se obtuvo sal de las aguas del golfo marino en el que desembocaba el Guadalquivir. Pero la vida itinerante de estas poblaciones, sustentada en el pastoreo de ovicápridos y de bóvidos, hace difícil localizar sus puntos de acampada, de manera que sólo determinadas actividades económicas muy concretas, o las tumbas donde esas gentes recibieron enterramiento, han podido resultar a la larga más evidentes.

A la etapa siguiente, es decir, a época calcolítica, corresponden los primeros asentamientos estables conocidos en Coria y en su entorno inmediato. El hábitat principal se ubicó en el Cerro de San Juan, de donde proceden sobre todo hachas pulimentadas y dos cuchillos de sílex encontrados ya el pasado siglo. A las afueras del casco urbano de La Puebla del Río, Carriazo encontró en 1965 unos silos comunicados entre sí y restos de una cabaña de adobes,

Arriba:
Alabastrón
de cerámica
y aribalo griego
del Cerro
de San Juan
depositados,
en el Museo
Arqueológico
de Sevilla.
A la derecha:
Alabastrón
de cerámica.
Foto: Mario
Fuentes.

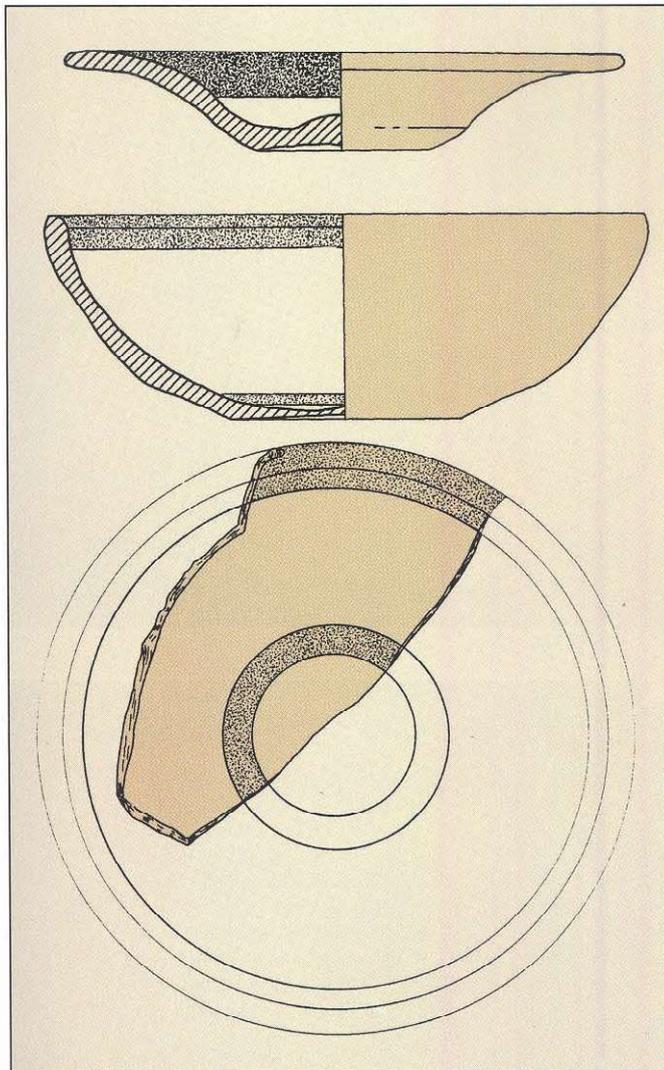
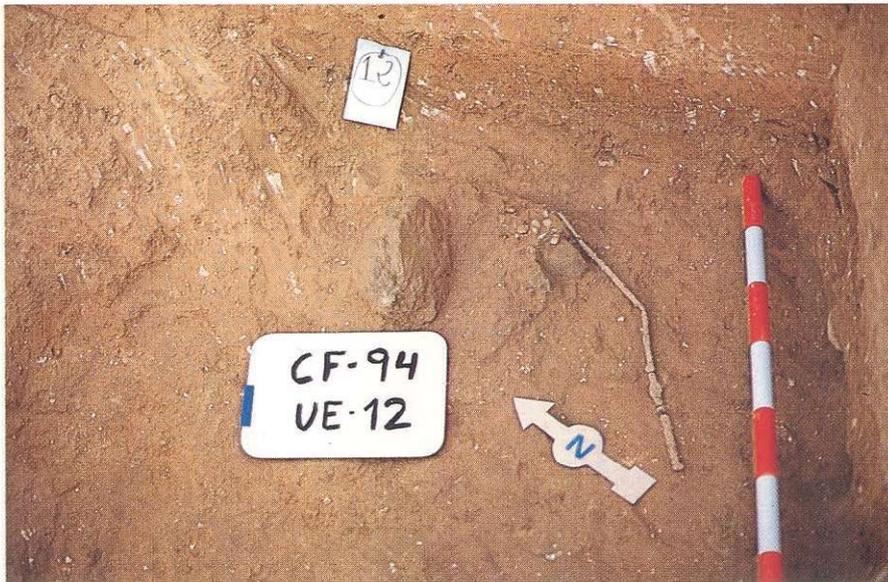


conjunto que atribuyó a esta fase eneolítica, si bien la mayor parte de los primeros corresponden a época islámica. Hay datos de otras ocupaciones de la misma fecha en el Cerro de Cantalobos, en la Torre de los Herberos, en la Dehesa La Atalaya y en Puñanilla.

En conjunto, el panorama hasta ahora conocido revela la existencia de muchos enclaves ocupados por una población relativamente dispersa en granjas y aldeas. Todos ellos contaban con algún atractivo especial, por ser puntos cruciales para la caza, remansos de abundante pesca o cañadas fértiles para la agricultura y la ganadería. Sobre todos ellos acabaría prevaleciendo el Cerro de San Juan, por una serie de circunstancias que favorecieron la jerarquización de esos emplazamientos; porque si la totalidad de los lugares inicialmente ocupados disponía de algún factor económico atractivo para el hombre, Coria reunía en un solo lugar varias de esas características: suelos feraces en la cañada del río Pudio, control estratégico de la desembocadura del Guadalquivir, abundancia de pesca

en el estuario y en el mar cercano, y áreas de explotación de recursos secundarios a espaldas de la población. El Cerro de San Juan dominaba a través del valle del Pudio el acceso al interior del Aljarafe; además, ofrecía muy fácil defensa contra las inundaciones y contra cualquier enemigo exterior, sobre todo porque sus flancos disponían de escarpes casi verticales. Si llegaron a levantarse incluso defensas artificiales en estos tiempos prehistóricos sobre dicha colina, como de hecho se conocen para otros poblados hispanos de la misma época, es algo todavía no conocido.

Los datos de la Edad del Cobre hasta ahora analizados suponen el primer testimonio directo del establecimiento en Coria y en su periferia de una primera comunidad humana sedentaria; pero tal semilla no parece en cambio que cuajara definitivamente. Las excavaciones recientes han demostrado la existencia de niveles del Bronce, aunque resulta difícil defender con la documentación hasta ahora rescatada una continuidad poblacional clara durante todo el segundo milenio a.C.



Arriba: Detalle de un hogar con un alfilerete de hierro. Cabaña tartésica del Campo de Feria de La Puebla del Río (siglo VII a.C.). Excavaciones de urgencia de 1994.
A la izquierda: Cerámica turdetana del Cerro de San Juan.
A la derecha: Los alrededores de Caura conocieron una ocupación dispersa que ha sido detectada de momento en el Campo de Feria de La Puebla del Río, al sur del Cerro de San Juan. Fondo de cabaña circular excavado en las margas del Aljarafe. Siglo VII a.C.

una posible acepción de lugar alto o prominente. Es la misma raíz y significado del nombre de la ciudad de *Caurium* (Coria de Cáceres) y de la de *Cauca* (Coca, Segovia), topónimos que han evolucionado de forma parecida al de Coria del Río. Precisamente el cabezo donde nació nuestra *Caura* se conoce hoy a nivel local simplemente como «El Cerro», a pesar de que existen en sus alrededores otros muchos. Y es «El Cerro» por antonomasia debido a su mayor altura respecto a las demás colinas. Seguramente los depósitos prehistóricos acumulados sobre esta pequeña meseta con anterioridad al Bronce Final, hicieron que fuera de nuevo elegido este punto para la reinstalación del recién llegado grupo humano, que daría origen al poblado tartésico precolonial; sobre todo por ser entonces ya el promontorio más alto y estratégico de la zona. Esta hipótesis explicaría además la elección concreta de ese nombre de entre los muchos posibles, e impediría retrotraer la colocación del topónimo a los tiempos de la primera fundación, en tanto que en la Edad del Cobre el sitio tenía exactamente la misma altura que los cerros restantes de la zona según ha demostrado el sondeo estratigráfico de 1994.

Diversos estudios recientes sobre el sustrato cultural y la ocupación del territorio en el mundo tartésico sostienen una clara desvinculación entre las poblaciones protohistóricas y las anteriores del Bronce que vivían en la zona. De ser cierta esta propuesta, nuestro yacimiento habría conocido una desocupación durante los siglos que muchos autores han denominado "Edad Oscura". Esta explicación concuerda de momento con algunas peculiaridades observadas en la re-

LA ETAPA PROTOHISTORICA

El nombre actual de Coria es una leve y directa evolución del topónimo protohistórico *Caura*. Parece hoy evidente que el Cerro de San Juan empezó a denominarse así a partir del

siglo IX a.C., en coincidencia con la instalación en el Bajo Guadalquivir de una población de vinculaciones indoeuropeas atlánticas que suponen el germen del grupo tribal de los Turdetanos. El radical *Cau-* (del indoeuropeo **keu-*) tiene que ver con la idea de hinchar o agrandar, y por tanto con

Vista general de la Vega del Guadalquivir desde la cornisa del Aljarafe, donde se ubicaba la *Caura* protohistórica. Al fondo, al otro lado del río, se encontraba la ciudad de *Oripo*.

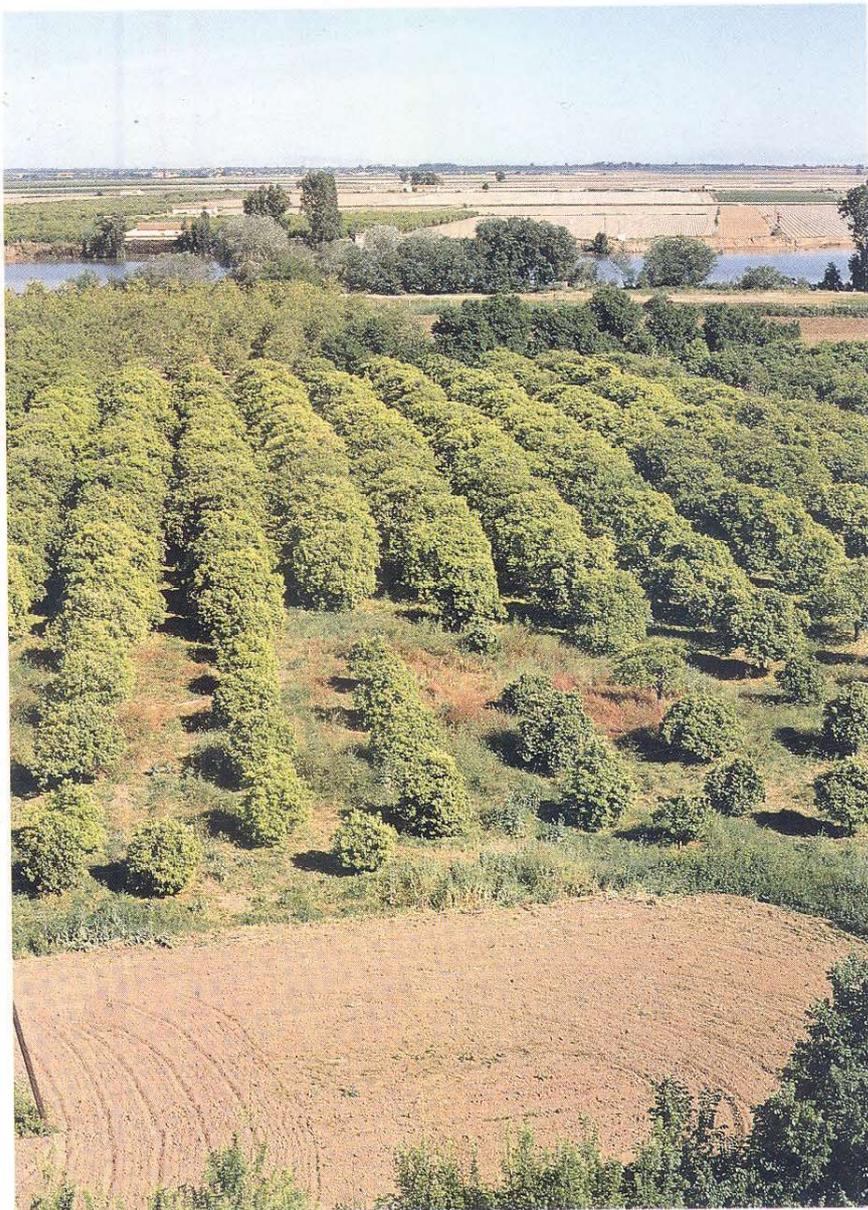
ciente disección del *telly* en los materiales arqueológicos rescatados, y daría asimismo crédito a las reflexiones que en el párrafo anterior hicimos acerca del significado del topónimo antiguo y de las razones por las que se eligió ese nombre en concreto.

La ausencia de ruptura toponímica hasta hoy revela la continuidad en la ocupación del sitio desde finales de la Edad del Bronce, un extremo observado igualmente en la documentación arqueológica procedente del cabezo y de su periferia inmediata.

LA CIUDAD EN EPOCA ORIENTALIZANTE

Por lo que sabemos hasta ahora, Coria es uno de los pocos yacimientos de Andalucía occidental con ocupación estable desde fechas poco precisas del siglo IX a.C. Su origen está claramente vinculado al control del Guadalquivir a su paso por una zona angosta, que los especialistas conocen como "Estrecho de Coria", cuando el occidente peninsular comenzaba a incorporarse a redes de intercambio de larga distancia que, por el Atlántico o por el Mediterráneo, conectaban estas tierras con gran parte del mundo entonces conocido. De esta época arranca una organización del territorio basada en la proximidad a las fuentes de captación de recursos y en el control de las principales vías de comunicación. Sin embargo, el periodo de mayor prosperidad para este asentamiento se inicia en el siglo VIII a.C. coincidiendo con la etapa más activa del comercio fenicio. El Cerro de San Juan, situado al fondo del antiguo estuario, era un punto de referencia para la navegación y un enclave estratégico para proteger el acceso a Sevilla, que por estas fechas nacía como un puerto de comercio sobre una isla o península, en medio del delta del Guadalquivir. Las importaciones de cerámica de barniz rojo oriental halladas en el poblado de El Carambolo, indican que hacia el 750 a.C. los fenicios ya habían establecido un puente comercial que unía los dos extremos del Mediterráneo y que los poblados del Bajo Guadalquivir estaban incorporados a ese circuito de intercambios.

Poco a poco debieron instalarse en los centros tartésicos de mayor significación económica, o en lugares próximos, pequeños grupos de población oriental de origen diverso, integrados, sobre todo, por mercaderes y artesanos con sus familias. De estas comunidades descienden,



**A la derecha:
Cerro de San Juan.
Estratigrafía
protohistórica
cortada por un pozo
medieval.**



en parte, los fenicios que vivían en las ciudades turdetanas en época romana. El contacto con estos inmigrantes explica, mejor que las meras relaciones comerciales, las transformaciones que, a la larga, experimenta-

ron algunas costumbres de los tartésicos. Aunque los historiadores no se ponen de acuerdo a la hora de evaluar la importancia y el alcance de esos cambios, resulta innegable que, con el tiempo, las casas rectangulares



hechas con materiales duros y la tecnología del torno aplicada a la producción de cerámica, que trajeron los fenicios, acabaron substituyendo a las cabañas circulares y a los cacharros hechos a mano propios de la cultura indígena del Bronce Final.

La información que hemos conseguido de las excavaciones realizadas en Coria del Río durante el otoño de 1994 es todavía insuficiente para recomponer la historia de la ciudad antigua, pero corrobora la impresión que teníamos a partir de hallazgos fortuitos sobre la activa incorporación del poblado del Cerro de San Juan al comercio mediterráneo, fenicio y griego, durante los siglos VII y VI a.C.

De distintos y lejanos lugares de Oriente llegaron hasta Coria vinos de calidad, aceite, perfumes y cerámicas exóticas. Como en otros pobla-

dos del entorno, abundan ahora las cerámicas fenicias, sobre todo la vajilla de mesa con engobe rojo y las ánforas de hombros carenados. Al hacer años atrás unas obras en la ladera del Cerro se encontró un vaso de poco más de 20 centímetros de altura que, de momento, es una pieza única en el repertorio de cerámica fenicia de la Península Ibérica. Tiene cuerpo esférico, cuello corto y estrecho y dos asas pequeñas, y está decorado con bandas y otros motivos geométricos de color rojo y negro. Se fabricó en algún taller alfarero de la costa siropalestina a principios del siglo VII a.C., como otros recipientes muy parecidos que se depositaron en tumbas de Tharros, en la isla de Cerdeña, y de Cartago.

La cerámica griega que conocemos llegó algo más tarde, a fines del siglo VII a.C. o ya a lo largo del VI a.C.,

y tiene una procedencia variada. Junto a fragmentos de un ánfora de Quíos y un pequeño frasco para perfumes fabricado en Corinto, destaca un vaso completo, de forma globular, con gollete estrecho y dos asas sobre los hombros decorados con ondas y franjas de color marrón negruzco. La pieza, que tiene 25,5 centímetros de altura, recuerda producciones jónicas que llegaron también a otros asentamientos occidentales. La presencia de cerámica del ámbito griego, tanto continental como isleño, se ha relacionado con la frecuentación de los mercados de Tartessos por comerciantes foceos desde finales del siglo VII a.C. Las abundantes piezas áticas, corintias, samias o quiotas, que se han recuperado en las excavaciones de Huelva o en las mismas colonias fenicias de la costa malagueña, pueden confirmar las noticias escritas sobre los viajes de mercaderes griegos al Extremo Occidente, pero sabemos por textos antiguos que los fenicios utilizaban también vasos griegos en los intercambios con las poblaciones indígenas.

De la necrópolis de época tartésica no conocemos gran cosa. Algunos hallazgos fortuitos recuperados hace ya algún tiempo nos hicieron suponer que estaba en el Cerro que llaman de Cantalobos, separada del poblado por una vaguada que desciende hasta el río. Es significativa, sobre todo, la presencia, junto a un asador de bronce y a un ancla de piedra, de dos broches de cinturón de bronce como los que se han encontrado en muchas tumbas orientalizantes de Andalucía, en ocasiones asociados con claridad a enterramientos femeninos. Uno de ellos abrocha por medio de tres garfios, pero con la particularidad de que tiene una placa intermedia que permite achicar o agrandar el cinturón a conveniencia. La decoración de rosetas repujadas y puntos emparenta este ejemplar con piezas halladas en las necrópolis de El Acebuchal y de la Cruz del Negro, en Carmona. Recientemente, al realizar movimientos de tierra para obras de construcción, quedaron al descubierto manchas oscuras en las que pudimos apreciar huesos quemados y fragmentos de platos de engobe rojo. Estos restos refuerzan la hipótesis de que el cementerio de *Caura* se extendió por esta colina más próxima a la población. Aquí se ha ubicado también desde tiempos postmedievales, permaneciendo hasta hace unos años en que la expansión de la ciudad ha obligado a cambiar su emplazamiento; de ahí que para los corianos este lugar sea más conocido como Cerro del Cementerio.

CAURA PRERROMANA

La desaparición de Tartessos como cultura y como organización socioeconómica y política tuvo su razón de ser en una grave crisis que, en mayor o menor medida, afectó a toda la depresión inferior del Guadalquivir y a sus áreas periféricas. La ausencia de una importante demanda desde Oriente de los metales de Riotinto tras la caída de Tiro en manos asirias constituyó uno de los vectores fundamentales de este periodo de recesión. Pero tal vez deba añadirse como causa de esta muerte un profundo desequilibrio ecológico motivado por la intensificación agropecuaria que durante algo más de tres siglos había afectado prácticamente a toda Andalucía occidental y a gran parte del Guadalquivir medio y alto. Fuesen o no éstas las razones principales de la etapa de recesión, lo cierto es que la fase prerromana de la historia bajoandaluza se inicia con una crisis que tiene su evidencia más conspicua en la disminución demográfica registrada a fines del siglo VI a.C.

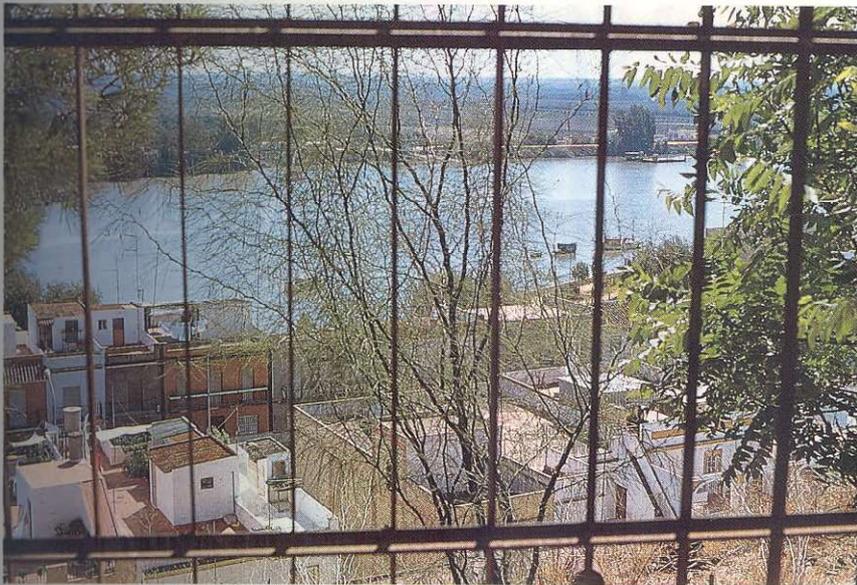
Que el bache económico debió tener también causas agropecuarias se deduce del hecho de que la mayor parte de los enclaves que experimentaron una completa desaparición o una reducción sustancial de su superficie se encuentran en áreas de campiña, donde la agricultura y la ganadería constituían los pilares básicos del sistema. Esos sitios estaban relativamente alejados de rutas que, como el Guadalquivir, facilitaban sobremanera los intercambios comerciales, y que proporcionaban a su vez una fuente estable de recursos pesqueros. Por el contrario, las excavaciones en el Cerro Macareno (La Rinconada), en el Cerro de la Cabeza de Santiponce, en el casco histórico de la propia Sevilla, en el Cerro de San Juan de Coria del Río, en el Cabezo del Castillo de Lebrija y en Mesas de Asta, junto a Jerez de la Frontera, entre otros puntos, han demostrado que las poblaciones que se asomaban directamente al Betis solventaron la crisis poblacional con cierta facilidad. De hecho, ninguno de esos trabajos han sugerido de momento una etapa de desocupación en los correspondientes estratos del Hierro Reciente de dichos asentamientos ribereños. No se trata de negar en este caso el impacto del periodo crítico en tales sitios, porque ciertas características del registro arqueozoológico indican una escesiva presión sobre los rebaños domésticos en relación a la etapa precedente, sino de explicar la inexis-



tencia de hiatos ocupacionales epitartésicos o de los inicios del Hierro II a través de una serie de estrategias que condujeron sobre todo a la diversificación de las actividades económicas y, como consecuencia, a la ampliación de las fuentes de recursos. Dichos cambios se ensayaron también por otras poblaciones, como de hecho se ha registrado en Tejada la Vieja (Escacena del Campo, Huelva). La muerte del sector minero-metalúrgico propició aquí un vuelco sustancial hacia una economía agropecuaria que fue una solución sólo temporal. Pero en las ciudades inmediatas al Guadalquivir inferior, la pesca y el comercio fluvial constituyeron la solución más adaptativa a largo plazo; hasta el punto de que todos esos enclaves situados en la misma orilla del río perpetuarían su existencia hasta época romana al menos. Las importaciones de cerámica campaniense de *Italica*, de *Hispalis*, de *Caura*, de *Nabrisso* o de *Asta Regia* revelan el relativo potencial económico de todos esos emplazamientos, pero sobre todo la culminación de un desarrollo hacia el urbanismo que la crisis de fines del mundo tartésico no logró trincar. Precisamente en coincidencia con la llegada masiva de esos productos itálicos de barniz negro, muchas de las ciudades ya controladas por Roma recibirían el permiso correspondiente de los nuevos conquistadores para acu-

ñar moneda propia. Este hecho revela de alguna forma la pujanza de las actividades de mercado entre las distintas poblaciones y con Roma. En esas monedas aparecen con frecuencia símbolos que deben aludir sin duda a la economía comarcal y local (espigas de trigo, piñas de pino piñonero, racimos de uva, toros, peces de río). La ceca de *Caura* acuñó con una cabeza de guerrero en el anverso y con un sáballo en el reverso, en referencia segura a la importancia que sus habitantes concedieron a las actividades pesqueras en el Guadalquivir.

La documentación arqueológica del Hierro Reciente es en Coria abundante, pero en ningún caso llega a la riqueza y a la espectacularidad de la que conocemos de la etapa precedente, la tartésica. El propio hecho de que no sepamos aún dónde se ubica la necrópolis turdetana puede estar en la base de esta pobreza, sobre todo porque han sido normalmente los cementerios protohistóricos los que han proporcionado en Andalucía los materiales más notables de esta fase. La arqueología tradicional esperaba hallar las tumbas turdetanas por alguno de los cabezos del Aljarafe que rodean al Cerro de San Juan, y que se distribuyen al Sur, al Oeste y al Norte del mismo. Pero nosotros trabajamos con una hipótesis distinta, según la cual la etnia turdetana carecería de



necrópolis en tierra firme al estilo de las que usaron los iberos. Desde este otro punto de vista, los Turdetanos quedarían englobados en el conjunto de poblaciones atlánticas de viejas raíces indoeuropeas cuyos muertos debieron recibir un tratamiento que no dejó para el futuro huellas arqueológicas evidentes. Algunos textos latinos hablan de que determinados grupos peninsulares exponían los cadáveres a las aves de rapiña en torres funerarias construidas para tal fin. Pero es posible también que las espadas arrojadas a las aguas de los ríos desde finales de la Edad del Bronce, etapa en la que comienza esta "desaparición" de las tumbas, no sean más que el reflejo de una costumbre funeraria entroncada con pautas que conocemos bien en otras pueblos y culturas indoeuropeas, consistentes sobre todo en arrojar los difuntos a las aguas de ríos sagrados tras una previa cremación y acompañados de sus correspondientes ajuares. La perpetuación de esta norma hasta tiempos romanos por parte de las poblaciones indígenas sería la responsable en última instancia de la inexistencia de sepulturas turdetanas en Coria entendidas al estilo tradicional, es decir, como depósitos

terrestres ubicados en los alrededores de las poblaciones y concentrados en cementerios. Si esta hipótesis, que ha sido propuesta para toda la etnia turdetana dada la ausencia de sepulturas del Hierro Reciente en Andalucía occidental, llegara a ser algún día comprobada, el Guadalquivir sería sin duda el lugar donde reposaron desde fines de la Edad del Bronce, esto es, desde los momentos de la definitiva fundación de la ciudad, los pobladores de un cabezo que, con el nombre de *Caura*, controló esta comarca del Sur del Aljarafe desde tiempos prehistóricos.

BIBLIOGRAFIA

- ARTEAGA, O. y otros** (1995): "El problema del 'Lacus Ligustinus'. Investigaciones geoarqueológicas en torno a las Marismas del Bajo Guadalquivir", *Tartessos 25 años después*: 99-135. Excmo. Ayuntamiento de Jerez de la Frontera.
- BELEN, M.** (1986): "Importaciones fenicias en Andalucía Occidental", en Del Olmo, G. y Aubet, M.E. (dtors.), *Los Fenicios en la Península Ibérica*, vol. II: 263-278. Sabadell, AUSA.
- BELEN, M. y PEREIRA, J.** (1985): "Cerámicas a torno con decoración pintada en Andalucía", *Huelva Arqueológica* VII:

A la izquierda: Desde el Cerro de San Juan, *Caura* controlaba muy de cerca las comunicaciones fluviales en la antigua desembocadura del Guadalquivir.
Abajo: Moneda de la ceca de *Caura*.

- 307-360.
- BERNABE, A.** (1987): "Hallazgo prehistórico en Coria del Río", *Azotea* 1: 47-48.
- BLANCO, A.** (1976): "Cerámica ibérica de Andalucía y Levante", *Cuadernos del Seminario de Estudios Cerámicos de Sargadelos* 14.
- CANAU, F.** (1894): *Prehistoria de la provincia de Sevilla*. Sevilla.
- CAÑAL, C.** (1894): *Sevilla prehistórica. Yacimientos prehistóricos de la provincia de Sevilla*. Sevilla.
- DIAZ DEL OLMO, F.** (1989): "Paleogeografía tartésica", en M^º E. Aubet (cord.), *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*. 13-23. Sabadell, AUSA.
- ESCACENA, J.L.** (1983): "Problemas en torno a los orígenes del urbanismo a orillas del Guadalquivir", *Gades* 11: 39-83.
- ESCACENA, J.L. y RODRIGUEZ DE ZULOAGA, M.** (1988): "La Marismilla. ¿Una salina neolítica en el Bajo Guadalquivir", *Rev. de Arqueología* 89: 14-24.
- FERNANDEZ GOMEZ, F.** (1982): "Nuevos asadores de bronce en el Museo Arqueológico de Sevilla", *Trabajos de Prehistoria* 39: 389-410.
- GAVALA, J.** (1959): *La Geología de la Costa y Bahía de Cádiz y el poema "Ora Maritima"*, de Avieno. Madrid, 1959.
- MENANTEAU, L.** (1982): *Les Marismas du Guadalquivir. Exemple de Transformation d'un Paysage Alluvial au Cours du Quaternaire Récent*. Université de Paris-Sorbonne.
- PELLICER, M.** (1968): "Las primitivas cerámicas a torno pintadas hispanas", *Archivo Español de Arqueología* 41: 60-90.
- PELLICER, M.** (1969): "Las primeras cerámicas a torno pintadas andaluzas y sus problemas", *Tartessos y sus problemas*. Vº S.I.P.P. (Jerez, 1968). Barcelona.
- RUIZ DELGADO, M.M.** (1989): *Fibulas Protohistóricas en el Sur de la Península Ibérica*. Universidad de Sevilla.
- RUIZ MATA, D.** (1977): "Materiales de arqueología tartésica: un jarro de Alcalá del Río (Sevilla) y un broche de cinturón de Coria del Río (Sevilla)", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 4: 68-127.
- STORCH, J.J.** (1989): *La fibula en la Hispania antigua: las fibulas protohistóricas del Suroeste peninsular*. Madrid, Universidad Complutense.
- VV.AA.** (1987): *Coria del Río. Aproximación a su realidad geohistórica*. Ayuntamiento de Coria del Río.
- VV.AA.** (1993): *Arqueología de Coria del Río y su entorno*. Monográfico de *Azotea* (nº 11-12), revista local de Cultura, Ayuntamiento de Coria del Río.

